Entre el rigor y la esperanza. Cómo informar desde la incertidumbre

Pampa García Molina

Los periodistas de ciencia trabajamos entre el rigor y la esperanza desde antes de la pandemia. Estamos acostumbrados a informar desde la incertidumbre, manejando información muy compleja y delicada. Sabemos, porque en eso consiste nuestro oficio, que antes de transmitirla al público debemos seleccionarla, valorar su relevancia, comprobar su fiabilidad, contrastarla con fuentes independientes, ponerla en contexto y darle el enfoque y el tratamiento adecuados.

Ese equilibrio entre el rigor y la esperanza, entre ser rigurosos y ofrecer contenidos noticiosos y atractivos que conecten con los intereses del público no especializado, es nuestro principal material de trabajo. No nos ha llegado de nuevas con la COVID-19. En este sentido, el cambio ha sido más cuantitativo.

Lo que sí es cierto es que la pandemia ha exacerbado las necesidades y las dificultades propias de nuestra profesión. Ha dejado a la vista las costuras de redacciones en las que no existen periodistas especializados en ciencia y salud; o sí existen, pero trabajan en precario. También ha mostrado el buen trabajo de excelentes periodistas que se han especializado en estos temas sobre la marcha, durante los meses de pandemia, y lo han hecho muy bien. Ha dejado a la vista la enorme importancia de la profesionalidad al informar sobre ciencia, y de anteponer esta prioridad al impacto de la marca personal en redes sociales.

Queremos ofrecer información fiable y bien contrastada, y la queremos ya, de manera urgente, porque ningún periodista se enorgullece de ser el último en dar las noticias. No podemos quedarnos fuera de la conversación que se está manteniendo en las redes y que posiblemente marcará la agenda de las televisiones. Sin embargo, muchos hemos sentido que debíamos esperar antes de difundir conclusiones que muy probablemente serían falsas, o que merecían un tratamiento especial. Sucedió, por ejemplo, con el supuesto hallazgo, no confirmado, de SARS-CoV-2 en las aguas residuales de Barcelona cuando faltaban más de nueve meses para el primer brote, o con la noticia de una cepa española asociada al trabajo de los temporeros, que tampoco estaba confirmada y se transmitió con tintes xenófobos. Y ya no nos acordamos, porque nos ha pasado una pandemia por encima, pero no está de más volver a pensar en los miles de caracteres que se escribieron a principios de 2020 en webs y cuentas de Twitter divulgativas afirmando que la nueva enfermedad era como una gripe y que la prensa estaba alarmando sin razón.

Por eso, una parte importante del trabajo periodístico en los meses que llevamos de pandemia ha consistido en respirar hondo y dejar de contar cosas, o en contarlas más tarde para desmentir, contextualizar y aclarar. Es un ejercicio de servicio público muy importante del periodismo. Es oficio.

Por supuesto, como cualquier periodista, deseamos tener una amplia influencia, y no solo en Twitter: queremos marcar agenda. Los que trabajamos en la web queremos clics. Y a todos nos gustaría anunciar una exclusiva, pero esto en ciencia es poco probable; incluso hay quienes anuncian falsas exclusivas confundiéndolas con primicias.

Los periodistas tenemos una gran responsabilidad que conocemos bien: informar sabiendo cuáles son las consecuencias de hacerlo y del tratamiento que damos a nuestra información. Siempre habrá malas prácticas, como en cualquier gremio, y el resto de la profesión nos ocuparemos de señalarlas. Pero estamos afrontando otro problema: la agenda informativa no solo nos la ha marcado la actualidad científica, ni siquiera la industria farmacéutica, sino también las *flames,* incendios informativos breves, pero muy intensos, promovidos por personas influyentes en redes sociales con gran eco mediático que hablan como opinadores, cuyos intereses genuinos tienen más que ver con defender una marca personal que con aportar mensajes claros y útiles. Aun sin querer, este tipo de perfiles han sido difusores de desinformaciones muy peligrosas.

No ha sido sencillo. Quizá este ejercicio de contención y de responsabilidad ante el ruido se haya convertido, para muchos periodistas —entre los que me incluyo— en una de las tareas más arduas, que han exigido paciencia y cabeza fría en situaciones de tensión informativa y de miedo de la ciudadanía en una gravísima crisis social y sanitaria. Era importante no incrementar el ruido y el pánico.

Hemos asumido el trabajo de ayudar al público a distinguir la mera opinión de un personaje no experto de aquella procedente de fuentes autorizadas. Y así, hemos sacrificado mucho tiempo, que podríamos haber dedicado a profundizar en los temas de nuestra propia agenda, para desmentir o tratar de neutralizar cualquier otro escándalo que hubiera explotado en las redes, esas famosas *flames*. Podíamos estar trabajando en seleccionar bien la información, o en generar nuestros propios temas, cuando, en cualquier momento, se producía una llamarada en Twitter y muchos jefes de redacción se dejaban llevar por ello. Esos incendios han marcado en ocasiones una agenda ya de por sí apretada, pero creo que ha sido un interesante ejercicio de buenas prácticas. Hemos hecho músculo, y eso se nota.

Si algo ha quedado claro en el panorama informativo durante la crisis de la COVID-19 es que los periodistas de ciencia debemos ser, ante todo, comisarios de la información. En ciencia, las decisiones no se toman unánimemente, hay un consenso científico, y en la pandemia los medios desempeñan ese papel de árbitros del consenso científico al trasladar informaciones al foro público. Somos selectores de las noticias que la ciudadanía debe conocer en un momento de crisis global. Y con esta premisa, cada redacción y cada periodista se distinguen por aportar a la información un tratamiento y un enfoque en función de la línea editorial.

En lugar de generar más ruido, podemos guiar las corrientes de opinión de la ciudadanía y el proceso de duda, una duda que es muy legítima. Se ha criticado y ridiculizado el mero hecho de que las personas desconfíen de una industria como la farmacéutica, que no tiene buena prensa; incluso se ha achacado a una falta de cultura científica —en contra de la evidencia que indica que, precisamente, las personas más escépticas en este sentido son las mejor formadas—. La manera en que las distintas compañías productoras de las primeras ansiadas vacunas han anunciado sus resultados no ha ayudado a mejorar la confianza social en esta industria. Es normal y legítimo que la ciudadanía tenga dudas. En vez de reaccionar con la mofa, la acusación y el «zasca», podemos acompañar en ese proceso de duda y de formación de opinión. Guiar esa investigación que cada persona debe hacer por sí misma.

Hemos visto un enorme incremento de la demanda de información científica por parte de la ciudadanía que se ha mantenido y sigue vigente meses después, cosa a la que no estábamos acostumbrados de manera tan constante y duradera. En los primeros meses de pandemia,

la audiencia de la web de SINC aumentó un 110%, cifra que ahora se mantiene en un 75% de incremento respecto al año anterior.

La sobredosis mediática, esa ansia por permanecer informados de manera constante y esa avidez por buscar certezas en un entorno de incertidumbre, pueden ser también perjudiciales para la salud, como publicamos en un reportaje de Núria Jar sobre la «infodemia» (término acuñado por la Organización Mundial de la Salud) en tiempos de coronavirus. La exigencia de información constante genera ansiedad, miedo y angustia, que no son buenos consejeros para modificar actitudes.

Esta incertidumbre, además de afectarnos a los periodistas de manera personal, como a cualquier ciudadano, afecta a nuestro trabajo porque resulta más complicado que el público sepa diferenciar las fuentes fiables de información. Hay una crisis de expertos, pero no porque no existan, sino porque los verdaderos expertos en temas clave de la pandemia se mezclan con otros que no lo son. Esta dificultad se está observando especialmente en televisión, donde resulta complicado encontrar especialistas que quieran correr los riesgos asociados a ponerse a ese lado de la cámara, de modo que su espacio en ocasiones acaba siendo ocupado por divulgadores de amplio espectro y no por expertos en cada tema.

Se ha hablado mucho del problema de los *preprints* en el ejercicio del periodismo científico durante la pandemia. Los *preprints* son trabajos que, antes de haber pasado una revisión por pares, son depositados por las personas investigadoras en repositorios de libre acceso donde quedan visibles para toda la comunidad científica. Pero me resisto a calificarlos como un «problema»; los *preprints* generan dificultades y los profesionales de la información debemos aprender a lidiar con ellos, como con cualquier otro material de trabajo. En primer lugar, porque los artículos revisados por pares y publicados en revistas científicas de alto impacto también pueden ser problemáticos en la prensa.

El hecho de que la *peer review* se esté haciendo en directo no debería ser un problema para los periodistas. ¿Cómo va a ser un problema ser testigos de las discusiones científicas? Así es como se está haciendo la ciencia y nuestro trabajo es contar lo que está sucediendo. Si hay nuevas dificultades añadidas, tendremos que aprender a detectarlas y capearlas. De hecho, estamos asistiendo a fenómenos interesantes, como pugnas entre laboratorios por ofrecernos cuanto antes sus resultados, aun sin estar contrastados, en una especie de competencia desleal por salir en las noticias.

Ciertos grupos de investigación difunden los resultados de sus *preprints* a la prensa sin esperar a otros compañeros, que trabajan en paralelo y de manera supuestamente colaborativa con los primeros, y que esperan la *peer review*.

Los *preprints* no nos han pillado por sorpresa a los periodistas de ciencia. En física y matemáticas lleva mucho tiempo utilizándose este sistema, que empezó a emplearse hace pocos años en ciencias biomédicas. Pero cuando empieza la pandemia, el 11 de marzo, los *preprints* explotan. El servidor de *preprints* biomédicos, *MedRXiv*, experimentó un aumento del 400% en la publicación de *preprints* en comparación con las mismas fechas de 2019. Esto significa que la investigación se está produciendo y compartiendo a una velocidad cada vez mayor, lo cual tiene sus riesgos. Puede ser perjudicial si esa investigación no se realiza con los más altos estándares de calidad, y si los periodistas que acceden a ella no tienen el conocimiento necesario sobre el sistema de publicaciones científicas. O si, aun conociéndolo, no tienen los escrúpulos necesarios. Y ese es el problema.

La clave está en la responsabilidad y la vocación de trabajar por el bien público de todos los actores implicados, no solo de los medios de comunicación, sino también de los científicos y los divulgadores. Hemos visto que algunos se han lanzado a dar sus opiniones tanto en redes sociales como ante un micrófono, muchas veces sin ser especialistas en el tema y sin calcular sus efectos. Se ha repetido hasta la saciedad que todos estamos haciendo un curso acelerado de divulgación científica, y yo añadiría que también de alfabetización mediática. Como el resto de la ciudadanía, los científicos están aprendiendo cultura mediática en esta pandemia, y ahora tienen la oportunidad de dar un paso atrás y declararse simples opinadores ante asuntos en los que no son expertos.

Debemos pedir un mejor trabajo de comunicación en las instituciones, que en los primeros meses han dado mensajes confusos, haciendo mella en la confianza social. El público ha necesitado información fiable de manera urgente en momentos en los que ha habido muy poca evidencia científica y sí mucha incertidumbre. La ciencia siempre tiene incertidumbre, pero los grados de certeza actuales, con los que se están tomando decisiones, son especialmente bajos. Gran parte de la sociedad tenía una visión desenfocada de la ciencia como un saber monolítico y sin discusiones, que nos daba verdades absolutas y casi religiosas, y ha pasado a contemplar a una ciencia que declara abiertamente «no lo sabemos». La crisis de confianza que esto provoca está siendo empleada por difusores de desinformación en un contexto de alta polarización y maniqueísmo.

Los mensajes de tipo *western* –lo bueno y lo malo– no ayudan nada cuando se trata de analizar realidades que son complejas. Y esa polarización no solo la hemos visto en política, sino también en ciencia: gotas o aerosoles, libre circulación o confinamiento, mascarillas sí o no. Soy optimista respecto a la labor de los periodistas en este contexto, pero debemos tener en cuenta que nos enfrentamos a un trabajo de crispación, agitación y polarización que se contrapone al informativo.

Los blancos y negros no sirven; ridiculizar las dudas, la ignorancia o la falta de cultura científica, tampoco. Es positivo trabajar por mejorar la alfabetización científica, y sobre todo mediática, de la ciudadanía; me parece fundamental trabajar en proyectos que ayuden a la gente a valorar la calidad de las informaciones y a no reenviar mensajes que solo aumentan el ruido. Pero culpabilizar al público por no distinguir los niveles de calidad científica, o por no conocer procesos superespecializados, es una mala práctica en comunicación.

Y creo que, en este sentido, las evidencias en ciencias sociales son indispensables para hacerlo mejor. Quienes nos dedicamos, desde el periodismo o desde la divulgación, a transmitir mensajes útiles en momentos de crisis, necesitamos ciencias sociales como aliadas al indagar cómo dar mensajes claros, honestos con la realidad y que traten a la ciudadanía de manera inteligente y adulta, capaz de entender ideas complejas. Ahora tenemos un laboratorio en directo y es el momento de lanzar proyectos de investigación sobre comunicación clara en momentos de crisis.

Por último, también me gustaría hablar de la presión al hacer nuestro trabajo frente a una avalancha informativa. La situación de teletrabajo constante, con redacciones deslocalizadas, nos hizo aprender a trabajar de otra manera, con nuevas normas de comunicación, gestión, flexibilidad horaria, etc., y esto ha sido positivo. Sin embargo, son alarmantes los resultados de un estudio realizado por investigadoras de la Universidad de Comillas, que analizó el impacto psicológico de los primeros meses de pandemia sobre los trabajadores de primera línea: sanitarios, periodistas, personal de supermercado y fuerzas de seguridad. El 48,6% de los profesionales de la comunicación confirmaron haber sufrido un impacto psicológico grave**.** Después de aquellos primeros meses, es necesario hablar de ello y cuidar nuestras condiciones de trabajo, sobre todo por nuestra salud, y también para seguir haciendo periodismo riguroso, sin alarmismo, con mensajes claros en momentos de crisis.